



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Fusión de sangres como factor de identidad en nuestra América

Autor: Zorrilla, Enrique

Forma sugerida de citar: Zorrilla, E. (1992). Fusión de sangres como factor de identidad en nuestra América. *Cuadernos Americanos*, 4(34), 119-122.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año VI, Núm. 34, (julio-agosto de 1992).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

FUSIÓN DE SANGRES COMO FACTOR DE IDENTIDAD EN NUESTRA AMÉRICA

Por *Enrique ZORRILLA*
UNIVERSIDAD DE SUCRE,
SANTIAGO DE CHILE

DENTRO DE LA DIVERSIDAD geográfica y la pluralidad de sus estratos, con su rostro multifacético, América Latina ha de considerarse como una comunidad de pueblos vinculados por un mismo orden y una misma cultura forjada en los trescientos años del período formativo hispanoamericano, reforzada por las inmigraciones del siglo XIX y XX. En este sentido, la comunidad de pueblos latinoamericanos es una realidad histórico-social, diríamos, una comunidad de pueblos desmembrados de la nación iberoamericana que actúan como si cada uno de sus Estados fuera una nación. Pero por encima de la dispersión social geográfica, del enclaustramiento, de la falta de unidad y de decisión política, se ha de considerar a los latinoamericanos como pueblos hermanos salidos de un mismo proceso de gestación que no han resuelto —y éste es su pecado— integrarse en esa auténtica sociedad superior supranacional concebida por nuestros precursores y libertadores. Digamos que gran parte de los problemas de América Latina ha derivado de nuestra falta de voluntad política para integrar cultural, geográfica, económica y políticamente a pueblos que hablan un mismo idioma, profesan un mismo credo, pertenecen a un mismo tipo de civilización.

Pasada la década fatal de los ochenta, que sumió a la región en la crisis, la confrontación armada y la desorientación, se abre ahora la perspectiva de reanudar la malograda lucha libertadora, no ya como una guerra destructora sino como una cruzada para vencer nuestra crónica indecisión tras un ideal universal de nueva emancipación que comprometa la conciencia colectiva de nuestros pueblos, desde la escuela a la universidad, desde las organizaciones

laborales a las sociales, a fin de que cada cual se sume a una causa propia, ligada a nuestro destino histórico.

La efemérides del 12 de octubre de 1992 va a tener la virtud de plantearnos dramáticas interrogantes con lo que dice a nuestro ser latinoamericano. ¿Qué sangre corre por nuestras venas? ¿A qué cultura pertenecemos? ¿Hacia dónde vamos? ¿Hacia dónde queremos ir? Habrá llegado el momento de hacer un acto íntimo de introspección a fin de auscultar nuestra alma a la vez que hacer un acto de retrospección histórica. Partiremos ese 12 de octubre hacia el inevitable encuentro con el pasado que nosotros los latinoamericanos hemos tratado inútilmente de esconder para evitar saber lo que somos y conocernos en profundidad. Partiremos ese día a descubrir las fuentes de nuestros orígenes, navegando por quinientos años entre mares calmos y embravecidos, entre relámpagos, tempestades y bonanzas, hasta reencontrarnos con ese pasado común traumático derivado de una conquista, de un choque de culturas y de un encuentro de sangres. Habremos llegado a destino. Haremos ancla; es tiempo de meditar.

Regresaremos de esta dramática peregrinación a las fuentes fuertemente conmovidos y dudaremos un momento sobre nuestro destino, el tiempo de comprender que nuestra historia es la historia de todos los pueblos nacidos sobre el planeta entre tragedias y alborozos por efecto de la posesión de pueblos sobre otros pueblos, a su vez nacidos en otro acto de posesión. Llegaremos a la conclusión de que ésta es la historia de la humanidad, a cuya ley no escapamos. Se trata en suma de aceptar el sentido trágico de nuestra historia, de nuestros orígenes, el sentido trágico que conlleva el paso de la humanidad.

Hemos de recoger, examinar, reconocer, registrar nuestro pasado americano, hacerlo nuestro, sabiendo que en ningún caso es peor que aquél que dio nacimiento a otros pueblos, a otras culturas, a otras civilizaciones. Lo contrario sería desentenderse de la trágica realidad histórica humana para dar primacía al campo de las ideas preconcebidas, pasar por alto el todopoderoso actuar de los instintos y sentimientos y motivaciones de las luchas humanas que fraguan la historia. El retorno a las fuentes es condición antropológica para el reencuentro del ser latinoamericano con sus raíces. Nuestra América es hija de sus propias sangres y culturas y los latinoamericanos han de reconocerse en la multiplicidad de los estratos y sustratos de sus procesos de formación étnico cultural.

Desentenderse del pasado sería catastrófico, puesto que nos impediría caminar hacia el futuro.

Nuestra educación republicana nos ha hecho creer que nacimos a la vida solamente desde la Independencia, a partir de la constitución de nuestros Estados nacionales, con lo que se pasa por alto tres siglos de gestación y de formación que se dejan en el olvido y en el silencio como un "tabú" del cual es mejor no hablar ni al que es bueno recordar. Pero nuestra cultura, nuestras creencias no se inician con la constitución de nuestras patrias, sino en el transcurso de un largo proceso formativo de cinco siglos que se incubó durante la etapa de hispanización que significó la posesión del suelo, de la sangre, del brazo y de las almas de los amerindios. Acto de posesión integral que sólo puede entenderse como un acto de supervivencia de los peninsulares aislados en el mundo ciclópeo americano.

Lo singular, lo definitivo, lo espectacular, lo original, es que durante el período iberoamericano nace sobre el globo terráqueo una nueva etnia, producto de tres estirpes, la última etnia procreada sobre la corteza terrestre. En este sentido el obrar del ibérico es consecuente de la fecundidad propia de los pueblos creadores de etnias y culturas. Así los ibéricos fecundarán sobre el Nuevo Mundo una cultura mestiza original indo-hispano-afro-americana de corte occidental que se halla todavía en período de gestación. Comprendámoslo, América Latina ha sido durante estos quinientos años un gigantesco crisol de razas humanas, la "raza cósmica" de Vasconcelos, que ha contado con los posteriores aportes de inmigraciones europeas y asiáticas, del cual ha emergido un tipo humano mestizo original que es el rostro auténtico latinoamericano. Nuestro ser histórico es el resultante del cruce sanguíneo y cultural, nos decía Icaza Tijerino, largo proceso de conflictos que buscan su síntesis en la conciliación mestiza. "Somos —nos decía Jaime Eyzaguirre—, una tercera dimensión de sangre y de cultura". En efecto, ya no somos ni europeos ni amerindios ni africanos ni asiáticos, sino simplemente latinoamericanos de rostros polifacéticos, una constelación de sangres como factor de identidad en nuestra América. La nueva sociedad multirracial iberoamericana, neofeudal, resultó para una época donde no cabían expresiones políticas la más democrática de su tiempo, al fusionar, unificando con el lento trabajo de la sangre y del medio, las desiguales condiciones. Al quedar abierta a la mezcla de sangre y a la movilidad social, el mestizaje que liberaba a siervos y esclavos se constituyó en un camino de conciliación étnica.

El mestizaje se convirtió en el factor creativo de nuestra propia cultura. Al fin del período hispano, nuestras grandes urbes, con sus aglomeraciones mestizas, competían o superaban a las europeas.

El monumental legado barroco en sus creaciones libres e independientes habla por la nueva cultura universal del mundo hispanoamericano que América Latina ha perpetuado en las letras, las artes plásticas y la arquitectura.

Hoy el Nuevo Mundo latinoamericano es una realidad histórica caracterizado por una cultura mestiza de corte occidental que toma conciencia de su dimensión unitaria. América Latina, gestada en el vientre de Iberoamérica, quiere definirse como tal y escribir ahora su propia historia de su puño y letra. Nuestros pueblos parecen comprender que la historia los ha puesto en la disyuntiva de forjar mancomunados una cultura, una nueva forma de coexistencia. Así lo demuestran los últimos acuerdos suscritos por los parlamentarios y mandatarios de nuestras repúblicas. ¡Era tiempo! Tiempo de dar cuerpo a la advocación de Simón Bolívar.

Seríamos viejos en caso de haber mantenido la pureza de nuestras etnias. Pero somos pueblos jóvenes por el hecho de ese inicial y triple encuentro de sangres, al que se ha venido a sumar el de otros aportes. Somos hijos de un proceso de mestización, hijos de estirpes de distintos pasados y tradiciones, por ende tremendamente jóvenes. Somos pueblos jóvenes y originales en busca de afirmación cultural con la misión de crear una nueva cultura universal para la humanidad y con la intención de insertarnos en la gran comunidad internacional.